

De «Poemas para un silencio» (en la muerte de Soledad)

I

Ahora que estás en la verdad,
Acércame al lenguaje de tu ausencia.
¿Qué silencio es el tuyo que se abisma y envuelve,
Me pregunta y escucha?
Todo lo que vivo se abrasa y se deshace
Por respuesta.
Dame emoción, palabras y belleza
Para un poema
Que tu secreto alcance.

II

¿Dónde la claridad celeste de los días
y el hondo respirar del corazón?
¿Quién hizo pedazos la sonrisa
y la entierra en pisadas de sombra?

La primavera abre sus costados de luz.
Tierras, mares, en exaltada ofrenda,
Sostienen los cobaltos de la altura.
En la soledad, las calladas lágrimas.
En el silencio, la esperanza palpita.

III

La carta trae un grito
En el vacío blanco del sobre.
Es para mí sola.
No puedo compartirla.
No está quien descubría sus matices,
Encontraba el calor de las palabras,
Y vivía, letra a letra,
El contenido amistoso.
La envían sólo a mí.
Soledad que se agranda, habla,
Permanece en este sobre blanco.
Extraviado el nombre que le falta,
Perdido entre los vientos y los soles
De un camino en apretado asombro.
El mío queda,
Sostenido, amargo.

IV

Te nombra el reloj con su sonido.
El sol de la mañana te contiene.
Caminas por los espejos, los libros, las macetas,
con tu sonrisa clara.
Se te ve inquieta, precisa,
Poniendo tu amor en cada cosa
A cada instante, dada.
Todo brilla, está en vela, te respira...
Es tu luz a la emoción despierta.

V

Era como un árbol
De vientos amables y despiertos.
Su voz tenía color.
¿De qué color era su voz?
No está en el arco iris.
Destrózalo, señor,
Por si se descubriera,
Envuelto en sus pedazos,
Algún trozo de cielo con matices sonoros.
Voz de amanecida.
Campana de cristal con badajo de pétalos.
Cuando la luz nace
Y Dios escucha.

María Cegarra Salcedo

